

Parte Jesús; el cielo está sombrío:  
siguen las almas su camino incierto:  
se alejan Paz y Honorio, y el vacío  
hasta de sombras se quedó desierto.

## JORNADA SÉPTIMA

### ESCENA XXXVII

#### EL PECADO DE LA ENVIDIA

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro paradisiaco*

PERSONAJES; PAZ.—HONORIO.—LEONOR DE NAVARRA

ARGUMENTO.—Llegan Paz y Honorio á un árido planeta, que tiene en el centro un paraíso, donde los envidiosos ven todo lo que envidian. Después de dejar á los maldicientes y á los calumniadores, hallan entre los grandes envidiosos á Leonor de Navarra, que les cuenta cómo mató á su hermana Blanca, celosa de los derechos de ésta al trono de Navarra.—Después Honorio ve la imagen de su hermano, á quien envidió algún día ser el prometido de Soledad, y huye despavorido de aquel astro.

Hallando Honorio y Paz males y males,  
corren, sintiendo duelos sobre duelos,  
los astros de los vicios capitales,  
calvarios de las tierras de los cielos.

Un día que, entre vagas nebulosas,  
en su calvario sideral pasaron,  
los grupos de unas islas misteriosas  
de un celeste archipiélago encontraron,

y en una de ellas con sorpresa miran  
un claro edén, en derredor sombrío,  
y en medio de un infierno, un cielo admiran,  
perdido en las regiones del vacío.

El delicioso edén hallan cercado  
de las áridas gredas de un desierto,  
y fuera del oasis encantado,  
parece al rededor que todo ha muerto.

Gozaba el alma allí paz y alegría,  
no envidiosa jamás, siempre envidiada;  
con su eterna verdura, parecía  
de aquel edén la muerte desterrada.

En tan santo pensil los corazones  
descansaban en paz, sin ansia alguna,  
pues brillaban en él todos los dones  
del amor, de la gloria y la fortuna.

De lo alto del Himeto perfumado  
mirando el astro en derredor, se advierte  
un árido país, tan desolado  
cual lo están los dominios de la muerte.

Fuera, el rencor, el deshonor, la ira;  
dentro, el amor y el religioso anhelo:  
para castigo, el que envidioso admira,  
ve cuanto envidia, en un dichoso cielo.

Del linde del edén, siempre apacible,  
aparta de él las envidiosas gentes  
un cercado de cactus, que, terrible,  
se llena, andando el tiempo, de serpientes;

y en torno, cual si fuesen rencorosos  
vampiros, por sus tumbas vomitados,  
contemplan el edén, los envidiosos,  
en que gozan sin fin los envidiados.

Amarilla de cólera, la gente  
maldice el bien ajeno hasta el delirio:  
se envidia todo allí; tan solamente  
de la gloria no envidian el martirio.

Los maldicientes, con mirada fiera,  
con ojos de rencor, que baña el llanto,  
se entregan rencorosos, por afuera,  
del mal hablar al delicioso encanto.

Y otros, que ven que su calumnia mata,  
al herir á traición, sienten con ira  
la bárbara alegría del pirata  
cuando una vela en lontananza mira.

Entre aquellos que, viles envidiando,  
á fuerza de esperar, se desesperan,  
y que pasan la vida contemplando  
cuánto tardan los muertos que se esperan,

llevando del rencor los atributos,  
los ojos sin candor, verde la cara,  
van, por la envidia, pálidos y enjutos,  
Sila, César, Caín y Trastámara.

También, furiosa, en recorrer se afana  
de aquel edén por la región externa,  
la que ha dado, envidiosa de su hermana,  
por un mes de reinar, la vida eterna.



—¿Qué buscáis?—dijo Paz; y separando la vista, con espanto, de los cielos, esta historia Leonor le fué contado, de ambición abrasada, envidia y celos:

## LEONOR DE NAVARRA

—Yo soy de Foix la criminal condesa, reina que fui de la Navarra un día, señora del Bearn y gran duquesa de Montblanc, de Nemours y de Gandía.

»Muerto por orden de don Juan, su padre, Carlos, mi hermano, príncipe de Viana, para subir al trono de mi madre, me estorbaba después Blanca, mi hermana.

»Ciega una vez, con envidioso encono, hice que Blanca acompañase á Carlos; estos que impiden que se suba á un trono, no acaban de morir, y hay que matarlos.

»Guardé esa vez con criminal bajeza, disfrazada de Inés, de Blanca el sueño, como esconde el esclavo la cabeza al ir, astuto, á asesinar al dueño.

»Despertó, tuvo sed, me miró ansiosa, la dí á beber... y al verla envenenada, la ilusión me asaltó, vertiginosa, de ser muerta con ella y enterrada.

»Luego, dudando, prorrumpió inocente: —El aire es de Leonor, de Inés el manto...— Yo, al ver que me miraba fijamente, volviendo el rostro, encanecí de espanto.

»Sintiendo el fuego que en su pecho ardía, con voz de madre, á un tiempo, y soberana, sacudiéndome el brazo, me decía: —¿Sois Inés de Aguilar, ó sois mi hermana?

»¿Qué importa, ingrata, que tu rostro vea, si te doy el perdón, que á Dios le pido? Me has muerto, Inés, Leonor, ó la que sea, y es fácil mi perdón, mas no tu olvido.

»¡Cuánto sopor en mis entrañas vierte este licor con que la fiebre amanso! Por él, gracias á ti, tendré la muerte... digo, Inés ó Leonor, tendré el descanso.

»¡Hondo el letargo es de mi vida dueño: pídele á Dios, cuando expirar me veas, la gloria para mí, para ti el sueño, y adiós, Inés, Leonor, ó la que seas!—

»Yo, como el vil que mata, de rodillas del veneno las huellas contemplaba, y de Blanca el aliento mis mejillas, como erupción volcánica abrasaba.

»Oí luego un gemido pavoroso, que el término anunciaba de sus males: no harían un rumor más espantoso, al partirse, las losas sepulcrales.

»Con furia tal mi brazo asíó, expirando, que la atraje, al huir, cayendo al suelo. Quise escapar, mas la llevé arrastrando... ¡Es un horrible vengador el cielo!

»¡Roi, con el sudor de la agonía, uno á uno sus dedos, inclemente!... En cambio, á mí también, desde aquel día, me roe el corazón una serpiente.

»¡Oh goces del reinar! ¡Qué ajena estaba de pensar ni temer tan viles cosas, mi alegre jardinera, que miraba cual se abría el capullo de las rosas!

»Así, muriendo resignada y pura, Blanca su cárcel por el cielo deja; yo al fin de aquella noche de tortura, miré á un espejo, y me encontré ya vieja.

»Y todo ¿para qué? Mirad—decía,— mirad la causa de mi eterno llanto.— Y lanzaba hacia el cielo, que se abría, una mirada de rencor y espanto.

Abrasada Leonor de envidia y celos, mira de Blanca la inmortal belleza, y que brilla cual reina allá en los cielos, coronada de soles la cabeza.

Cuanto es de Blanca el triunfo esplendoroso, tanto Leonor con sus rencores lidia; pues siempre en aquel cielo el envidioso ve lo que teme, y teme lo que envidia.



Al mirar que de Blanca el pie divino  
sobre un trono de estrellas se apoyaba,  
y que su frente un cerco peregrino  
de cabezas de arcángeles rodeaba,

por no verla, Leonor huye, lanzando  
no sé qué frases de rencor su boca,  
y mira de reojo al cielo, alzando  
el rostro descompuesto de una loca.

Huye, y huyendo, embotan sus sentidos,  
retumbando confusos á su lado,  
todos los ecos de terror oídos  
desde el día en que Abel fué asesinado.

—¿Y mi posteridad?... ¡Dios iracundo—  
grita, huyendo, Leonor—así lo quiere:  
la raza de Caín, desde que hay mundo,  
nace, asesina, se deshonra y muere!—

Mientras con ojos por la envidia hundidos,  
verde en lo interno y árido en lo externo,  
los envidiosos ven entristecidos  
aquel edén cercado de un infierno,

miraba Honorio al cielo, y anhelante,  
hallando en él también lo que temía,  
al ver no sé qué cosa, en su semblante  
un no sé qué siniestro se veía.

Era su horror más grande que el mostrado  
por la vil que, entre envidias y entre enconos,  
aprendió en quince días de reinado,  
cuánta es la futilidad de los tronos.

Cuando los ojos en el cielo abisma  
Honorio, por prodigio sobrehumano,  
ve, cual si fuese en su conciencia misma,  
la prisión y el secuestro de su hermano.

Y halla en su pecho, que jamás reposa,  
todas las cosas fúnebres y extrañas  
que hace engendrar la envidia rencorosa  
cuando tuerce fatal nuestras entrañas;

y corre, y corre más, siempre diciendo:  
—¡Huyamos de este sitio, madre mía!...—  
Y á su madre arrastraba huyendo... huyendo...  
con el glacial sudor de la agonía.

## ESCENA XXXVIII

## EL PECADO DE LA IRA

(PRIMERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *El cadáver de un astro*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—PILAR MONTESA

ARGUMENTO.—Siguen hallando Paz y Honorio los astros que son los purgatorios de las almas. Llegan á aquel en que se purga el pecado de la ira, y encuentran á los homicidas, entre los que descuella Nerón. Hallan después á Pilar Montesa, la cual les dice que después de haber sido abandonada por su amante, que se arrepintió y confesó sus pecados, la volvió á solicitar, y fingiendo ella admitir de nuevo sus obsequios, lo asesinó para que no volviese otra vez á dejar su amor por el amor del cielo. El amante asesinado, creyendo que van al purgatorio las almas de los que, aun habiendo sido grandes pecadores, han amado y padecido mucho, marcha tras ella rezando para pedir á Dios el perdón de sus pecados.

Por la región del cielo esplendorosa,  
dirigen Paz y Honorio sus pisadas,  
guiados por la senda luminosa  
que forman las estrellas agrupadas.

Van de un planeta al otro, contemplando  
cómo sigue un tormento á otro tormento,  
y cuál se va sin término ensanchando,  
como un mar sin orilla, el firmamento.

Con más ó menos luz, y siempre bellas,  
en un cielo, ya fúlgido, ya umbrío,  
la interminable multitud de estrellas,  
como arena arrojadas al vacío,

del cielo las profundas soledades  
poblaban, ya remotas, ya cercanas,  
y en unas y otras ven humanidades  
de nuestra triste humanidad hermanas.

Un día, entre tinieblas sepultado,  
á toda vida y movimiento ajeno,  
ven un astro en el cielo, abandonado  
como el fósil de un sol, de espectros lleno.

Un crepúsculo eterno lo alumbraba,  
y en sus antros sin fin, de luz escasos,  
un silencio tan fúnebre reinaba,  
que ni el ruido se oía de los pasos.

¡Osario universal! ¡Astro sombrío!  
Desespera la paz que allí se anida.  
Masa inerte, que flota en el vacío,  
privada de la luz y de la vida.



Cayendo á plomo, entumecido el viento,  
en aquella región de espectros llena,  
los gemidos de rabia y sentimiento  
se pierden en un aire que no suena.

En su fiebre normal, de aquellas gentes  
el ansia de matar es su esperanza;  
rechinando de cólera los dientes,  
no piensan en más dios que en la venganza.

Mascando el aire y vomitando injurias,  
su propia rabia es su mayor martirio,  
y escoltándolos siempre, cual tres furias,  
van el rencor, la fiebre y el delirio.

Con el pecho más duro que una roca,  
cual huye de lobeznos la manada,  
va un grupo de asesinos, por la boca  
arrojando una espuma ensangrentada.

Exasperado allí, todo homicida  
ve en el astro sin luz, dormido ó muerto,  
su pasión violenta, enardecida  
por la calma mortal de aquel desierto.

En medio de la fúnebre manada  
despunta de Nerón la gentileza,  
como animal feroz, al cual por nada  
se le sube la sangre á la cabeza.

Cuando mascar el aire los veía,  
como el que sed y calentura siente,  
mirando á Honorio, Paz le repetía:  
—Odia el crimen; perdona al delincuente...—

Ven luego una mujer que á cada instante,  
lanzando en derredor una mirada,  
derramaba, feroz, sobre su amante  
la luz de una espantosa llamarada;

y porque Paz á la mujer provoca  
la causa á referir de sus enojos,  
les muestra una expresión de furia loca,  
que enrojece hasta el blanco de sus ojos.

PILAR MONTESA

Y así luego sus iras y sus penas  
las refiere Pilar con arrogancia:  
—Yo empecé á amar á este hombre cuando apenas  
salía de los juegos de la infancia.

»Él única ilusión de mis sentidos;  
yo, la sola esperanza de su pecho,  
en cuerpo y alma para siempre unidos,  
fué un sueño nuestra vida, el mundo un lecho.

»Andando el tiempo, sin pasión alguna,  
á este hombre, indigno de las ansias mías,  
ya la ilusión le pareció importuna,  
como odioso el deber en otros días.

»Huyendo poco á poco de mi lado,  
con ninguna pasión y mucho celo,  
cobarde, arrepentido y confesado,  
dejó mi amor por el amor del cielo.

»Ignoraba que hubiese, el alma mía,  
más dios que su pasión, pues de tal modo  
adoraba á este infame, que creía  
que un puro amor es religión y es todo.

»Pasó el tiempo, y de nuevo arrepentido,  
ya con mucha pasión y poco celo,  
á mis pies confesándose rendido,  
por volver á mi amor dejó el del cielo.

»En la cita feliz del primer día,  
al mirarle de nuevo condenado,  
y al ver que, contemplándome, sentía  
ese horrible placer que da el pecado,

»desenvaino un puñal, beso su frente,  
le parto el corazón, y así le digo:  
—Sé mío, y no de Dios eternamente,  
hoy que estás mal con Dios y bien conmigo.—

»Y acabando también mi inútil vida,  
nos unió para siempre el sueño eterno:  
no me llevó él á un cielo arrepentida,  
mas vine yo con él á un mismo infierno.

»—¡Súfreme aquí, por mi desprecio honrado,  
amante desleal, cristiano impío!  
Ni perdono, ni olvido que has dejado  
por el amor de Dios el amor mío.»—

Dice, y con ojos de furor devora  
al objeto infeliz de sus amores,  
y alejándose altiva y seductora,  
marcha gentil como quien pisa flores.



Y dice el hombre á Paz: —La desdichada no sabe amar sin fiebre; y ten en cuenta, que al hacer lo que ha dicho, fué arrastrada por la furia de amar que la atormenta.

»Me asesinó; mas en aquel instante la cegaron su amor y su fiereza: estaba triste, y en el alma amante, ¿quién sabe á lo que arrastra la tristeza?

»Pero, como han de ser, cuando han sufrido, los que han amado mucho, perdonados, voy rezando tras ella, arrepentido, en justa expiación de sus pecados.»—

Y mientras de ella en pos, él la seguía, llorando de ella y de él los muchos duelos,  
—¡Padre nuestro—mirándola, decía—  
que estás—siguió, alejándose,—en los cielos!!!

### ESCENA XXXIX

#### EL PECADO DE LA IRA

(SEGUNDA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *El cadáver de un astro*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—LA MARQUESA DE ASTORGA.—  
DON FERNANDO RUIZ DE CASTRO

ARGUMENTO.—Siguiendo su marcha por el purgatorio de la ira, se encuentran entre los celosos á la Marquesa de Astorga, la cual dió de comer á su marido el corazón de un amante: y después á D. Fernando Ruiz de Castro, gobernador de Toledo, que hallando una noche en su jardín al conde D. Vela hablando á solas con Fortuna, dama de su mujer Estefanía, creyendo que era ésta, mató al Conde, subió al cuarto de Estefanía, y aunque la halló dormida, pensando que fingía el sueño, la asesinó. Aparece Fortuna disfrazada con el traje de Estefanía, y después de confesar á Castro que su mujer es inocente, y que la culpable es ella, se arroja al río Tajo.

Cuando los dos, sin luces ni senderos,  
por aquel sol fosilizado andaban,  
bajo el pie de los pálidos viajeros  
los huesos de los muertos resbalaban.

Creyendo encontrar hombres, hallan fieras  
en el planeta aquel, que parecía  
un cadáver perdido en las esferas,  
en medio de una atmósfera sombría.

En vano es que se mire, y el gemido  
se fia en vano de la peña al hueco;  
vagando allí sin claridad ni ruido,  
quieren ver, y no hay luz; si hablan, no hay eco.

Sobre el planeta, ó muerto ó moribundo,  
el sueño ó insomnio los fantasmas velan,  
cual sobre el mar del Norte tremebundo  
imperturbables, las gaviotas vuelan.

Persiguiendo á sus viles asesinos,  
gimiendo de ira, y de furor inquietos,  
blanquear se ve por todos los caminos,  
como un rastro confuso de esqueletos.

Marchan también aquellos que furiosos  
quieren morir, pero morir matando;  
los que aman mucho y bien, y que, celosos,  
de ganas de llorar van reventando,

y sus penas, ó ciertas ó soñadas,  
agrandan con su loco pensamiento,  
llenando sus mejillas inflamadas  
con lágrimas de rabia y sentimiento.

LA MARQUESA DE ASTORGA

Dando un grito de celos espantoso,  
dice una dama á Paz:—¿Tienes marido?  
Arrancado por mí, fué por mi esposo,  
el corazón de otra mujer comido.

»¡Sí! castigué su proceder villano  
—siguió diciendo la ofendida esposa,—  
sirviendo á mi marido, por mi mano,  
el corazón de una rival dichosa.

»Dispuse un gran festín: y ¡oh! ¡qué contentos  
mis huéspedes cantaban y reían!  
y yo ¡cuánto gozaba al ver que, hambrientos,  
de mi rival el corazón comían!

»—¿Es bueno ese manjar? ¿está sabroso?—  
con fingida bondad dije al villano;  
y con bondad fingida el falso esposo,  
—Como hecho—contestó—por esa mano.

»—¡Toma el postre!—añadí; y eché, terrible,  
ante él, rodando, la cabeza de ella.  
¡No hay un placer como el placer horrible  
de ver tan fea á una rival tan bella!

»¡Oh! ¡qué gesto!—añadió—¡qué extraño gesto  
presentaba aquel rostro ensangrentado!»—  
Y la infeliz reía, al decir esto,  
como ríe el dolor desesperado.



—¡Al ver aquellas caras espantadas  
—la Marquesa siguió,—libre de penas,  
no arrastrando ya puntas aceradas,  
dulce la sangre circuló en mis venas!

»Después, loca de atar, en un convento,  
tras del tumulto aquel, busqué un asilo;  
y, aunque ya estaba de sospecha exento,  
no vivió en él mi corazón tranquilo,

»pues no logró alcanzar la suerte mía  
el ver completa la venganza aquella:  
¡si de ella el corazón vi que él comía,  
no pude ver el de él comido de ella!

»No; nada basta á una mujer celosa,  
cuando ama y odia y de vengarse trata.  
Para saciar su rabia es poca cosa  
matar y hacer comer lo que se mata.»—

Acongojada Paz cuando esto oía,  
al oído de Honorio hablando quedo,  
—¡Partamos, hijo mío—le decía,—  
que esta pobre mujer me causa miedo!—

Vieron después á un hombre que, llorando,  
partía de dolor los corazones,  
y que llegó hacia ellos murmurando,  
como el loco que reza imprecaciones;

y—¿Cuál es tu pesar?—también gimiendo  
le pregunta al fin Paz, transida el alma.  
Miró el de Castro, y contestó diciendo,  
con el tono aparente de la calma:

DON FERNANDO RUIZ DE CASTRO

—Mi esposa Estefanía, que está en gloria,  
fué del Séptimo Alfonso hija querida;  
desde hoy sabréis, al escuchar su historia,  
que hay desgracias sin fin en nuestra vida.

»Yo la maté celoso; y si, remiso,  
no me maté también la noche aquella,  
fué por matar después, si era preciso,  
á todo el que, cual yo, dudase de ella.

»Cierta conde don Vela, á Estefanía  
la profesó un amor que ella ignoraba,  
y Fortuna, una dama que tenía,  
á don Vela, á su vez, idolatraba.

»Por las noches Fortuna, artificiosa,  
mientras que su ama se entregaba al sueño,  
disfrazada y fingiéndose mi esposa,  
hacia al Conde de sus gracias dueño.

»En mi parque, una noche, hacia una umbría,  
llegar vi una mujer, y á un hombre á poco;  
luego, el nombre al oír de Estefanía,  
¡ay! yo pensé que me volvía loco.

»Torno á escuchar de Estefanía el nombre;  
por vengarme mejor, mi rabia aplazo;  
mas vi después á la mujer y al hombre  
confundidos los dos en un abrazo,

»y—¡En guardia!—grito al hombre; él se prepara,  
le acoso airado, y con valor me acosa,  
y mientras mato al Vela cara á cara,  
huye la infame que creí mi esposa.

»Dejo allí al Conde, atravesado el pecho,  
y persiguiendo á la mujer que huía,  
vi á la luz de una lámpara, en su lecho,  
dormida dulcemente á Estefanía.

»Aquel sueño de paz juzgo fingido;  
la despierto, me ve, me echa sus brazos,  
y con mi daga, entre ellos oprimido,  
hice, feroz, su corazón pedazos.

»—¿Me matas?—dijo, y contesté:—¡De celos!  
—¡Loco!—gritó; y al ver que me abrazaba,  
—¡Cuál te amaba!—exclamé, y ella á los cielos  
miró, y dijo al morir:—¡Cuánto me amaba!

»Sentí luego una puerta que se abría,  
y al resplandor de la naciente luna,  
con el traje salió de Estefanía,  
cual siniestra sonámbula, Fortuna.

»—¡Bárbaro!—dijo;—la mujer que ha huído  
no es tu esposa feliz, que muere amada;  
¡yo soy quien disfrazada he recogido  
el precio vil de una pasión robada!

»Perdona, Castro, la demencia mía;  
te dejo honrado, aunque de angustia lleno;  
y pues muere entre sangre Estefanía,  
es muy justo que yo muera entre el cieno.—



»Y así diciendo, del balcón abajo  
se echó Fortuna de cabeza al río,  
y al ruido que hizo, al recibirla, el Tajo,  
bañó todo mi cuerpo un sudor frío.»—

Era de Castro la amargura tanta,  
que al furor reemplazando la tristeza,  
ronca la voz y seca la garganta,  
cayó sobre su pecho su cabeza.

Y concluyó:—¿No es cierto que debía  
matarme yo también la noche aquella?  
Mas, si faltase yo, ¿quién mataría  
al que dudase de mi honor y el de ella?—

Viendo Honorio que Castro sepultaba  
entre sus manos la abatida frente,  
imitando á su madre murmuraba:  
—Odia el crimen; perdona al delincuente.—

#### ESCENA XL

#### EL PECADO DE LA SOBERBIA

LUGAR DE LA ESCENA: *Una estrella nebulosa*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—ISABEL DE INGLATERRA

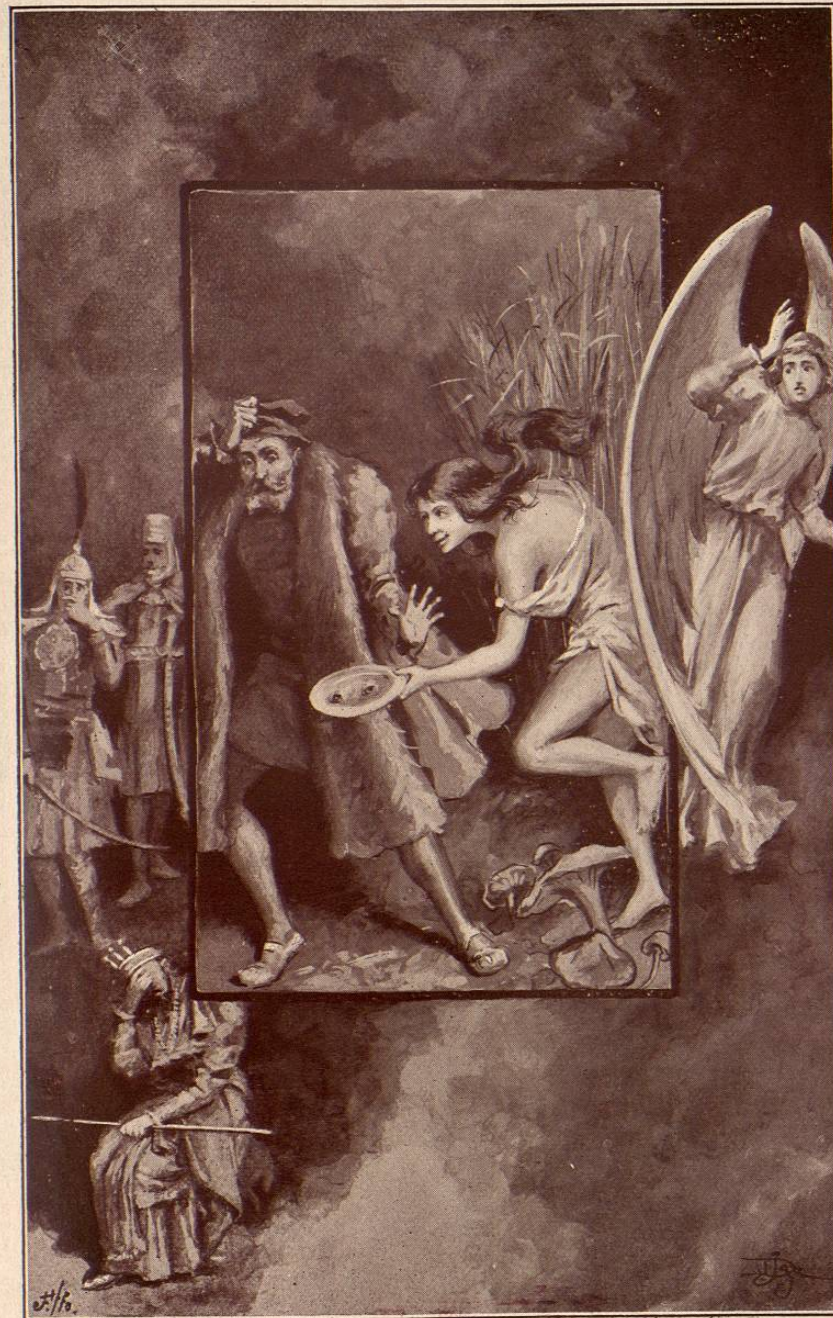
ARGUMENTO.—En el astro donde purgan sus pecados los soberbios, ven que un ángel, al pasar, se cubre el rostro para no ver á Saúl, á Jerjes y al rey Poro. En el fin de un promontorio, que se adelanta hacia el vacío, hallan á una mujer que les cuenta el fin de los soberbios, despreciados por Dios y por los hombres. Pregunta Paz á la mujer su nombre, y le dice que es Isabel de Inglaterra, y les refiere la historia del anillo que, en prueba de amor, dió al conde de Essex, el cual, condenado á muerte, se lo remitió, en prueba de sumisión, por su enemiga la condesa de Nottingham, quien lo guardó, en vez de entregarlo; y concluye diciendo que, creyéndose despreciada, le dejó morir en un cadalso.

Los astros y los astros explorando,  
que pueblan á millones el vacío,  
desde el sol hasta Urano, van pasando  
de un tórrido calor á un grande frío.

Y hasta ver si por último consiguen  
el fin hallar de los humanos duelos,  
por el camino de las almas siguen  
en busca de otros astros, á otros cielos.

Y ven que Dios, con paternal constancia,  
fecundados por rayos estelares,  
esparce en el espacio, en abundancia,  
los mundos habitados á millares.

#### EL DRAMA UNIVERSAL



Con tal desdén el cielo los miraba,  
que ante Saúl y Jerjes y el rey Poro,  
por no verlos, un ángel que pasaba  
cubrió su rostro con sus alas de oro.

(Escena XL.)

Y al joven que implacable perseguía,  
con brazos por la fiebre descarnados,  
en un plato de barro le ofrecía  
unos ojos vidriosos y apagados.

(Escena XXXI.)